

DIARIO
VIAJE DE DON JOSE DE MADARIAGA
POR EL RIO NEGRO, META Y ORINOCO

Diario y observaciones del Presbítero Doctor José Cortés de Madariaga, en su regreso de Santa Fe a Caracas, por la vía de los ríos Negro, Meta y Orinoco, después de haber concluido la comisión que obtuvo de su gobierno, para acordar los tratados de amistad, alianza y unión federativa entre las Provincias de la Confederación Venezolana y el Estado de Cundinamarca. Salió de Santa Fe el 14 de junio y llegó a Calabozo el 15 de agosto de 1811.

I

El 14 de junio, a las 12 del día, partí de Santa Fé, Metrópoli de Cundinamarca, con el dolor que es de presumir, al separarme para siempre de un Gobierno y vecindario, que en tres meses de amistoso trato, se habían esmerado en honrarme. Mi comitiva se componía de diez individuos; y en vez de aproximarme al destino de Caracas, tomé al O.S.O. en busca del declive de la Cordillera, para evitar el excesivo frío de ella, conocido en aquellas regiones con el nombre de *Páramo*. En esta Empresa me propuse descubrir el caño, o río navegable, más inmediato a la Capital, que entrase en el *Meta*, único río de la provincia de Cundinamarca que desagua en el *Orinoco*.

II

El proyecto principal que formé, tuvo también por objeto evitar el paso de los páramos de *Labranza-grande*, *Toca* y *Chita*, en donde perecen regularmente los hombres, bestias de carga y ganado. Consulté al fin, a disminuir en lo sucesivo a los negociantes los enormes gastos que les resultan de estas pérdidas, en razón de lo dilatado del tránsito hasta Pore, depósito de las especulaciones

clandestinas de Guayana, y de otros puertos frecuentados por los contrabandistas, con detrimento del Erario público. Quise además proporcionar con este nuevo descubrimiento una vía cómoda, que en adelante preserve a los traficantes y pasajeros, de los peligrosos ríos, fangales, precipicios, que ofrecen los valles de la Cordillera y que no podrían remediarse, sin el dispendio de algunos millones de pesos.

III

Afortunadamente, y contra la opinión general de las personas que me distinguían en Santa Fé, emprendí la única ruta que puede asegurar la prosperidad de los Estados de Cundinamarca y de Venezuela, ligados por las convenciones firmadas en 28 de Mayo del corriente año; por la facilidad que se presenta de comunicarse ambos, y unir sus relaciones por agua (vía, desde luego, preferible en todo el globo a la de tierra) con menores costos, en más breve tiempo, y sin ningún riesgo; consiguiéndose en favor de la humanidad por este medio, otra gran ventaja, cual es la civilización de un infinito número de indios bárbaros que habitan a las márgenes del *Meta* y *Orinoco*.

IV

En la travesía de la Cordillera, a distancia de diez leguas de Santa Fé, hay varios pueblos y caseríos regados en los valles y faldas de las montañas. Entre los primeros se cuentan, *Usme*, *Une*, *Fómeque*, *Uvaque*, *Fosca* y *Chiguachi*. La mayor parte de éstos se hallan situados en climas fríos, productivos de trigo, cebada, maíz, millo, patatas, apios, coliflores, nabos, alcachofas, rábanos, repollos, lechugas, habas, ganado vacuno y lanar. Los restantes pueblos del distrito, como son *Chipague* y *Cáqueza* además de los frutos insinuados, producen en el espacio de mil a mil quinientas varas de elevación, cuantos granos, mieses, raíces y deliciosas frutas se recogen en los diferentes climas de América y Europa. Su buen sazón, y admirable variedad contribuye el regalo de la Capital; y durante mi residencia en ella, hubo día de servirse a mi mesa hasta veinte y dos especies de delicadísimas frutas.

V

En las treinta leguas desiertas entre los expresados valles, y las llanuras de *Apiay*, el clima es cálido, y las montañas se hallan cubiertas de inmensos y elevados bosques, entre los cuales se ven cedros, guayacanes, quinos, alizos, y variedad de palmas, que abrigan leopardos, tigres, panteras, osos hormigueros, orangutanes, jabalíes dantas o tapires, cachicamos, muchas especies de monos, serpientes, y rarísimas aves, que con su hermoso plumaje, y sonoro canto, deleitan la vista, y halagan los oídos del pasajero.

VI

Apiay, es el primer punto de las llanuras que se extienden desde el fin de la cordillera de Cundinamarca hasta las costas del Océano Atlántico; y como recibe las aguas que descienden de la misma cordillera, su territorio es fertilísimo, y regado en diferentes direcciones por caños y ríos perennes en todas las estaciones del año. Estos caños y ríos cubiertos de robustos y corpulentos bosques, forman un contraste imponente, con las llanuras que los circundan; haciendo en partes menos sano el clima, por defecto de ventilación, especialmente en el tránsito del *Gamelote*, para salir a *Apiay*: lo que sé remediar; derribando los bosques anegados por el río *Ocoa*, que derrama en el espacio de siete leguas.

VII

Las producciones de *Apiay* son: la caña de azúcar, arroz, maíz, yuca, melones, sandías y otras especies de calabaza. El ganado vacuno y caballar se cría allí con mucha lozanía y se propaga prodigiosamente. Entre los animales silvestres se crían los mismos que en los valles precedentes, a excepción de los bueyes, babas y tortugas, de que abundan los ríos y caños de *Apiay*. Con menos trabajo del hombre, que en muchos puntos del globo, se cogen abundantes cosechas, tres y cuatro veces por año. Su población, en cerca de doscientas leguas cuadradas, se reduce a cincuenta y tres personas de todas edades y sexos. El país es adecuado para añil, tabaco, cacao, café, (ví algunos árboles cultivados de estas dos últimas especies) viñas, algodón y el gusano de la seda.

VIII

En el sitio de las once casas que contienen las cincuenta y tres personas referidas, se debe fundar un pueblo, que auxilie a los negociantes de Venezuela que hagan el tráfico de Santa Fé, para proporcionarles caballerías y víveres hasta la capital, aunque ahora no faltan estos recursos, con alguna molestia para buscarlos en los caseríos dispersos de la llanura. Convendría que se estableciese otro pueblo a las orillas del caño *Pachaquiario*, que es el límite del territorio de *Apiay*; en donde hubo una misión de Indios hasta el año 80 del siglo ulterior, de la cual subsisten los vestigios de dos o tres naranjos y algunos árboles de cacao.

IX

Me detuve con mi comitiva catorce días en *Apiay*, con motivo de la falta de buques; los que solicité de mil modos, y no pude recabar que me viniesen de las misiones de *Xiramena*, *Marayal* y *Cabucharo*. Cansado ya de esperarlos, me resolví a emprender la navegación en balzas, con el designio de continuarla hasta donde encontrase las piraguas que había mandado recolectar por mi Secretario Pascasio Urtizberea. Al efecto destiné a un individuo de mi familia con seis hombres, para que se trasladasen al caño *Pachaquiario*, cortasen maderas, construyesen las balzas, abriesen el bosque para bajar al puerto, y que reconociesen el punto desde donde podía ser navegable el caño, y la distancia intermedia hasta su confluencia con el *Río Negro*: las balzas se construyeron, pero no fué posible averiguar la desembocadura del caño, por haber tocado el inconveniente, de que no remontarían, si llegaban a descender al enunciado río.

X

El 7 de Junio regresó el comisionado de quien se ha hecho mención, con el aviso de haber fabricado las balzas; y el 8 a las 7 de la mañana, marché por un llano inmenso, adornado de frondosos bosques al principio y en el resto hasta *Pachaquiario*, vestido sólo de palmares. En todo este tránsito no encontré huella humana, y sí las de tapires, tigres, báquiras y algunos venados que atra-vesaban de un lugar a otro. A las 4 de la tarde rendí jornada en el puerto que dominé *primer puerto del Estado de Cundinamarca*;

examiné las balzas; se armó la tienda de campaña; y a pesar de las hogueras que se encendieron de intento en su circunferencia, durante la noche, fui devorado con mis socios de la plaga de zancudos, que nos atormentó hasta el día siguiente 9, en que tuvimos para luchar con estos crueles insectos para arreglar nuestras máquinas flotantes.

XI

A las 5 de la tarde del 9, y en el preciso momento de embarcarme a la buena ventura sin práctico ni más bogas, que tres criados; se apareció una *curiara* (buque pequeño de que usan los naturales), con cuatro hombres y cartas de mi Secretario Urtizberea, a quien había comisionado quince días antes. Este fervoroso y activo patriota, prometía remitirme dentro de veinte días, la flotilla que había podido reunir, para transportarme con mi comitiva y equipaje. El Indio, patrón de la *curiara*, llamado Simón, hombre práctico, y que cortaba algo el idioma castellano, al ver las balzas, me manifestó el eminente peligro a que me exponía, descendiendo al Río Negro en ellas, por el ningún gobierno ni dirección que se les podía dar. Estas justas observaciones ganaron mi convicción; pero destituido de paciencia para tolerar la plaga, y en el conflicto de haber despedido las caballerías, y de no quedarme otro recurso en este desierto que embarcarme, lo verifiqué con arrojada intrepidez. A las 5 y media bajé el caño en mis balzas, remolcada la capitana por la *curiara*. A la media hora entré en Río Negro e hice noche en una playa de sus márgenes de arena y piedra, para atracar, a la cual fué necesario que uno de mis criados se tirase a nado, con el extremo de una cuerda en los dientes, no bastando la fuerza de Simón y sus compañeros, para amarrar a tierra.

XII

Al amanecer del 10, se vió una culebra formidable en la cima de un árbol contiguo a mi tienda; a las 6 seguí la navegación hasta las 9, en que varó por dos veces, quedando la balza del equipage y comitiva, enredada en unas palizadas de las que arrastran las crecientes; con cuyo revés se desbarató, y a no acudirle aceleradamente la *curiara*, prestándole auxilio, para transbordar la familia y equipage a tierra, y recojer los palos para volverla a armar:

todo hubiera perecido. La operación se alargó hasta las 2 de la tarde; continué navegando hasta las 6 y media, e hice noche en una playa próxima a un espeso carrizal.

XIII

A las 8 de esta lóbrega y espantosa noche, comenzó a crecer súbitamente el río, y para las 10 de la misma, fué forzoso levantar el tren de tienda y cocina, encontrándome de improviso anegado y reducido a pasar con mis compañeros el resto de la noche, en medio de un fangal con el agua hasta las rodillas, y sin aliento para reembarcarnos, por la mucha madera que arrastraba el río, temiendo ser arrebatados, y zozobrar a impulso de la rapidez de sus corrientes; pues sin embargo de las gruesas amarras que se pusieron a las balzas, llegó a reventar la del equipage y no se habría salvado sin la agilidad de los nadadores, que ocurrieron oportunamente a detenerla. Sobrevino al mismo tiempo una manga violenta de agua que nos caló a todos de pies a cabeza, aumentando nuestra tribulación el enjambre de zancudos que reagrababa la incomodidad, y casi nos hacía odiosa la propia existencia. Yo aun después de recobrado de él, que era el precursor de mi muerte; me acudió mi sobrino Francisco de la Cámara, con la prontitud que exigía el caso; propinándome el *alcali volátil*, y bañándome con *alcohol de romero*; gracias a la Providencia y a los esmeros de este sensible joven, que pudo restablecerme del insulto.

XIV

El observador, cuando lea este período no dejará de advertir una particular combinación de circunstancias, entre las aflicciones, que rodeaban al enviado de Caracas, el día 11 de Junio, en las márgenes de Río Negro; con el suceso trágico que turbó la quietud de los pacíficos habitantes del pueblo soberano su comitente, en el mismo angustiado día. Al amanecer del 11 se avanzó un buyo a la balza capitana; felizmente le vieron mis criados, y con sus canaletes le ahuyentaron bien maltratado.

XV

A las 5, en medio de la lluvia, continué mi navegación, venciendo los repetidos obstáculos que me oponían las palizadas que

había recogido el río en su creciente de la noche anterior. A las 2 y media de la tarde se demarcó al N. un caño que llamé de *Nariño*, dedicado al Ilustre ciudadano Cundinamarqués de este nombre, que ha sufrido 16 años de cadenas, por la emancipación de su cara patria. A las tres entré con mis balzas en la confluencia de *Río Negro* y *Umea* o *Gualiquia*, cuyo golpe de vista, la abundancia de sus aguas que forman una bahía como de tres leguas de circunferencia y lo magestuoso de los bosques lo amenizan, exitó en mi ánimo y en el de la comitiva un júbilo extraordinario difícil de explicar. Fondeé en ella y la titulé *Bahía de Lozano*, en honor del sabio y benemérito Presidente del Estado de Cundinamarca; parten de ella unidos los dos ríos que reciben a cuatro leguas de distancia el *Umadea*, y de los tres se compone y enriquece el opulento Meta. Seguí mi navegación con tranquilidad hasta las cinco de la tarde, en cuya hora atracaron mis balzas en la confluencia de los referidos ríos que se interesó mi comitiva en denominar *Bahía Cortés* ¡miserable premio de los que arrostran peligros para descubrir tierras que no han de disfrutar!

XVI

En la travesía de Río Negro no encontré ninguna criatura racional, ni otro signo alguno que anunciase que sus márgenes hubiesen sido hollados por pies humanos: únicamente ví algunas dantas y báquiras que atravesaban el río, multitud de lobos acuáticos, culebras y peces diversos; y en sus orillas a cada instante se ven jabalíes, tigres, monos de distintas especies, venados e iguanas, gallinas de monte, paugíes, guacamayos y loros sin cesar de oírse con frecuencia el ruido de todos estos animales y el canto melodioso de las aves que gorgean con dulce armonía. Los bosques que guarnecen las espaciosas márgenes de esta bahía encantadora son magníficos y presentan paisajes agradables que arrebatan con sus bellezas la imaginación más fría; y yo me entregaba a estas contemplaciones para distraerme de los riesgos en que me hallaba. Este el primer punto donde ví *cocodrilos*.

XVII

En la altura que domina la bahía *Cortés*, se puede construir una población que reúna a las ventajas de su feraz terreno, susceptible de la vejetación de distintos frutos, la salubridad del

clima; pudiendo ser una factoría general de todos los artículos comerciales exportados del reino por los ríos *Umadea*, *Negro*, *Umea* o *Guatiquia*, aunque el último sólo es navegable a pequeña distancia de su confluencia con Río Negro a causa de las rocas que ocasionan su rapidez. Los sugetos que importasen efectos o frutos de Venezuela, lograrían de otra incalculable ventaja cual es la de encontrar en esta población los artículos que podrían extraer de lo interior del reino en cambio de sus mercancías para proveer a la Costa-firme, y embarcar el superfluo a las colonias del seno y puertos del continente europeo.

XVIII

El 12 a las 8 de la mañana resuelto a entrar en el Meta con mis balzas probé de la satisfacción de avistar una escuadrilla de siete curiaras. No es concebible el regocijo de que me poseí al apercibir la bandera que había asignado al comisionado por señal de las embarcaciones que viniesen a buscarme desde uno de los pueblos de misiones; y mucho más se aumentó mi complacencia cuando reconocí a uno de los individuos de mi comitiva que hacía de almirante de la flotilla. Acercóse ésta, y luego que amarró mandé trasbordar los equipages y desbaratar las balzas para aprovechar sus cuerdas. Me embarqué con mis socios y a las 9 de la mañana descendí el *Meta*, navegando deliciosamente habiendo visto a la ribera N. la misión de *Cabullare* sin cura y casi desierta por sus calenturas. A las 5 de la tarde, arribé a una laguna que forma el puerto de *San Miguel de Tua* llamada *Madre vieja*. Después de haber vencido 18 leguas se entra en ella por un caño de media legua de longitud que nace de la misma. Se echó la sonda y dió 14 brazas. Su circunferencia es de una y media legua; pueden fondear en ella centenares de buques y la proporción que brinda para construirlos, la multitud de cedros que hay en sus bosques me decidió a llamar este lago *Arsenal de la Alianza*. A la media legua se halla el pueblo y misión de San Miguel de Tua reducido a cincuenta casas con doscientas personas de ambos sexos y distintas edades. Ordené que se trajesen caballerías del mismo pueblo; me trasladé a la casa del Cura con mi comitiva y permanecí allí gasta el 18 tanto para secar ropa y equipajes como para reparar la salud de los quebrantos contraídos en tan penoso viage, lo que conseguí a influjo del clima del país y de la hospitalidad y refrescos que me franqueó

Fr. Gerónimo Gómez, Franciscano y Párroco del lugar. En cinco días de descanso se carenaron los buques, se salaron carnes y se acopiaron víveres necesarios para 39 personas entre bogas, patrones, y demás individuos de que se componía mi rol.

XIX

El 18 a las 7 de la mañana abandoné el Arsenal de la Alianza a bordo de siete curiaras; al espíritu pavoroso de que me hallaba ocupado a consecuencia de los anteriores sufrimientos, a la consideración de hallarme aislado en regiones semi-desiertas y al aspecto de mi comitiva dividida y vagante a la suerte de las aguas, de los vientos y de las fieras; se sucedieron otras imágenes menos contristantes, fijándome en el beneficio de la salud completa que disfrutaba con mis compañeros y miraba afianzada en la reunión con los mismos y mis relaciones abiertas con la primera asociación de los gentiles del Meta, contando desde aquel día con la seguridad del viaje que había graduado incierto hasta la fecha. Así es que la alegría y el placer se apoderaron de mi alma, concurriendo la casualidad de ser uno de mis socios apasionado a la música; su inclinación le obligó a tomar la flauta para ejecutar la canción de Caracas, *Gloria al bravo pueblo, etc.*, y al resonar el suave instrumento unieron sus voces los que sabían la letra e hicieron sentir los ecos de la libertad a los bogas, interrumpiéndoles por largo intervalo que continuasen su ejercicio, y produciendo en mi corazón emociones tiernas.

XX

Inmediatamente se puso la proa al E. con tiempo sereno, la atmósfera limpia, la corriente muy mansa y su curso sólo de dos millas por hora con aguas crecidas. De la banda del N. se observó que desembocaban los caños *Tunupe* y *Güiripa*. A las 10 y media estuvo la escuadrilla en el paralelo de la hacienda de ganado y caña de azúcar que se nombraba *Conrado*, situada a la parte del S. Poco después y al lado del N. se descubrió el río *Vira*, y una hato de Francisco Rodríguez. A las 2 de la tarde amarró la flotilla por la misma banda del puerto de *Maquivo*, cuyo pueblo (si merece este nombre) dista una legua de la costa del Meta; su camino es muy fangoso y para ir al pueblo pedí y obtuve caballerías del Mayordomo del hato de Sosa. Maquivo se halla situado en una

deleitosa llanura, abundante de ganado vacuno y caballar; millares de patos y garzas rondan el pueblo y en sus vegas se mataron 17 piezas por los cazadores de mi comitiva. Este lugar consta de más de cien almas de ambos sexos y edades que suspiran con ansia por un misionero. El caño en cuya embocadura dí fondo se extiende hasta la plaza y no pude entrar porque los árboles que lo cubren impedían la carroza de la capitana. Los indios de este pueblo proceden de las tribus de San Miguel de Tua, Curimena y Macuto convertidas a la fé, y se han descarriado de sus domicilios huyendo de los *Guahivos* que los atacan con frecuencia en las rancherías, y aniquilan sus sementeras.

XXI

El 19 a las 7 de la mañana dejé a Maquivo; me embarqué: se puso la proa al E. y se notó que entran del N. los caños *Bujumena* y *Nacimena*; por el S. desaguan el caño *Yucagua*, el río *Manacasia* y el caño *Garagoa*; al N. desemboca el caño *Pupure*; y entre éste y el caudaloso y apacible río *Cusiana*, distinguí algunas palmas de dátiles. A corta distancia de éste y a 2 y media leguas del Meta se halla el pueblo de *San Luis Gonzaga de Casimena*, fundado en 1717 por el padre Juan Díaz, ex-jesuita; su población actual ascenderá a 600 personas compuestas de *Guahivos*, *Cabres*, *Chucunas* y *Achaguas*.

XXII

Los *Guahivos* son bien musculados de talla abultada, color cobrizo oscuro, de facciones algo diformes, el carácter de estos indígenas es guerrero y sanguinario; prefieren la vida errante y se asemejan a los tártaros; se alimentan de caza y pesca, y no cultivan la tierra. En sus costumbres no se descubren ideas religiosas que acrediten culto alguno y menos que signifiquen que haya en ellos propensión a numen determinado que modifique la moralidad de sus actos y los retraiga de los vicios de la poligamia y otros excesos inherentes a la naturaleza del hombre corrompido y brutal. Los *Cabres*, son de una fisonomía análoga a los *Guahivos*, en su conducta no hay diferencia. Los *Chucunas*, menos guerreros que las naciones precedentes tienen casi las mismas costumbres. Los *Achaguas* no tan corpulentos ni belicosos, son susceptibles

por su suavidad de civilización y de las mejores impresiones. El desaliño es un constitutivo genérico de las naciones que se han descrito.

XXIII

A la ribera S. del Meta, y frente a Casimena, se halla un caño llamado *Arevu*; y en sus márgenes, a dos leguas de su desembocadura, está situado el pueblo de *S. Nicolás de Buenavista*, erigido en 1793 por *Fr. Pablo de la Madre de Dios Sánchez*, compuesto de *Guahivos* y *Achaguas*; su feligresía asciende a 200 personas. A las 5 de la tarde arribó la flotilla a la boca del río *Guarimena*; se puso la tienda contigua a dos chozas de Indios, que contenían nueve personas; profugándose los varones que eran tres, en el momento que avistaron huéspedes; abandonando la custodia de los sembrados, a sus mugeres y niños; estas labranzas encerraban yuca, maíz, caña, patatas, plátanos y el barbasco que emplean los naturales en sus pesquerías.

XXIV

El 20 a las 6 y media de la mañana, me puse a bordo, y a poca distancia se demarcó el caño de *Surimena*, al N. Entre éste, y el río *Guarimena*, a 2 y media leguas de la ribera del Meta, se halla situado el Pueblo de *S. Juan Francisco Regis de Surimena*, fundado con *Achaguas* en 1717 por el Padre José Cabarte, ex-jesuita; comprende su feligresía 700 almas de ambos sexos. Al S. se mira una hermosa ensenada que denominé de *Ibarra*, en honor de un antiguo amigo de Caracas. Enseguida se halla el pueblo de *Arimena*, con 20 casas, que las conté, y 45 personas de vecindario, sin iglesia ni misionero. Continuando mi navegación, al N. encontré la confluencia del caño *Marimari*, y entre éste, y el de *Surimena*, hay innumerables labranzas de Indios. Asoma luego la embocadura del gran río *Cravo*, que desagua por dos bocas: forman muchas islas al frente, y el Meta se extiende en este punto a más de una legua de latitud; se demarcaron muy pronto los caños *Wira*, *Guiripa* y *Orocue*, que entran del N. Entre estos dos últimos hay una famosa ensenada que titulé de *Toro*, en honor de un amigo de este nombre. Por el *Orocue*, aunque angosto y sucio, sobre

sonda de tres brazas, remonté en busca del pueblo de *Macuco*, que dista de su embocadura cinco leguas por las nuduosidades al S.O. y al N.O.

XXV

S. Miguel del *Macuco*, fundado con *Sálivas* en 1730, por el Padre Manuel Román ex-jesuita; está situado en una bellísima llanura; su templo y la casa del Cura son de ladrillo, y tiene un hospital aunque descuidado, y en decadencia. Alargué mi escala en el lugar hasta el 23, para acopiar víveres, y aprestar una piragua de 22 varas de longitud y 2 de latitud, que me cedió el magnánimo Padre Fr. Pedro de la Trinidad Cuervo, actual comisario de misiones por su Provincia, de Agustinos de Candelaria, establecida en Santa Fé. La población del *Macuco*, cuenta por su matrícula, 1.300 almas entre Indios y blancos; los últimos son por la mayor parte personas refugiadas, a resulta de los asesinatos jurídicos, ejecutados por los satélites del despotismo de Madrid en 1780, contra los Socorreños, y otros inocentes pueblos del nuevo reino de Granada. El clima es cálido, y su suelo fértil y bien regado, abundante de comestibles y ganado; hay mucha variedad de pájaros en sus campos y bosques.

XXVI

Los *Sálivas* habitantes del *Macuco*, naturalmente festivos, son de color cobrizo claro, de elegante talla; ojos vivos y facciones bastantes regulares; ágiles para el remo, sociables, y gustan del aseo; ostentando el lujo en llevar su pelo lacio y abundante, atado con cordones adornados de borlas; descubren genio particular para la música; habiéndome causado la mayor sorpresa oír en el coro del templo la orquesta de Indios, compuesta de violines, violoncelo, flauto dulce, guitarras y triángulos: me acerqué al Padre Cuervo; y supe por su informe, que esta capilla era dimanada del reglamento de los misioneros ex-jesuitas, que se ha conservado inalterable, por la escrupulosidad de los religiosos que los han subrogado en el encargo de misiones: cada mes paga el *Macuco* a sus músicos, para estimular a la juventud a que se aplique a la música vocal e instrumental; y con esta medida ha logrado adelantar los progresos de su capilla, solemnizando las funciones del culto con la suntuosidad digna del Dios a quien se dedican.

XXVII

El 23 a las 8 de la mañana, descendió al Caño Orocue a bordo de mi piragua, en conserva de cuatro curiaras, de que componían el número de los cinco buques de la flotilla; desprendiéndome de tres de los siete que saqué de *S. Miguel de Tua*, por no serme ya necesarios. A las 10 entré en el Meta. Al S. se halla el pueblo de *S. José de Cubiuna* fundado en 1793, con las naciones *Sálivas* y *Guahivos*, por Fr. Pedro de Cristo López; su población consta de 210 personas de ambos sexos. En la dirección de *Cubiuna*, desagua el caño de su nombre, y a la opuesta se encuentra la hacienda de caña y ganado, perteneciente a Gómez. Poco después se descubre una hermosa ensenada que llamé de la *Independencia*; luego el caño *Duya*, y al lado opuesto el de *Ariveco*. Al N. se demarcaron los caños *Paravare* y *María*; y el S. el caño *Guacasia*, en cuya márgenes está el pueblo de *S. Pablo de Guacaria*, fundado en 1784 por Fr. Miguel de los Dolores Ramírez, con las naciones Chucunas y Guahivos; su vecindario actual es de 150 peronas.

XXVIII

Al N. entre el caño *María*, y el río Guanapalo, toda la costa se halla cultivada por los indígenas. A las 4 y media de la tarde, remonté el *Guanapalo*; entré por el caño que demora al E. de dicho río, hasta el pueblo de *S. Agustín de Guanapalo*, que dista una y media legua de la embocadura del río de su nombre en el Meta; fué erijido en 1773 por Fr. Miguel de los Dolores Ramírez, con Guahivos, Cataros y Sálivas; de cuya mezcla ha resultado un pueblo bien formado, inclinado al trabajo, y aseado, compuesto de 456 personas, incluyendo una docena de blancos; me hospedó su Cura Fr. José Jaramillo; el clima es cálido, y el caserío está situado en una pradera fértil abundante de maíz, yuca, frutas, aves y ganado. Me detuve para hacer víveres.

XXIX

El 24 a las dos de la tarde descendí en media hora al Meta; se demarcaron al N. los caños *Yanacua*, *Cátuva*, *Barro*, y el río *Paulo*, habitado en sus márgenes por indios y blancos, que cultivan mieses, frutas y crían ganado. El *Paulo*, es abundantísimo de robustos y

elevados cedros que surten allí de maderas a los naturales para la construcción de sus piraguas y curiaras. Antes de los mencionados caños, y al frente del río Guanapalo, queda una isla de más de 2 leguas de longitud, poblada de ganados, pertenecientes a la misión; la denominé isla *Berrio*, en obsequio de un antiguo amigo de este apellido. Al S. encontré los caños *Yánamaro*, *Ibaiba* y *Cabupune*.

XXX

Siguiendo el curso de éste en 200 varas, desembarqué en el pueblo de *Santa Rosalía de Cabapune*, fundado en 1794 por el Padre Ramírez, con las naciones *Guahivos*, *Cátaros* y *Sálivas*; su situación es deliciosa; desde los balcones de la casa del Cura, se registran las márgenes del anchuroso Meta, con las llanuras y bosques que lo circundan, y en ellos se encierran multitud de tigres y otras fieras y cuadrúpedos. La temperatura es cálida; su suelo fértil; cultivan los habitantes, que no pasan de 143 personas, tabaco, arroz, caña, maíz, yuca, plátanos, variedad de frutas de boca. La Junta de Pore, capital de los llanos de Casanare, mantiene en el día 40 infantes de garrote, con 3 ó 4 *tercerolas* para luchar contra los negociantes del contrabando de Guayana. Conduce y asiste la misión de Santa Rosalía, último pueblo del Meta, Fr. José Antonio Lobo, Agustino; quien me hospedó y agasajó con impoderables demostraciones de afecto y sincero cariño. A la una de la tarde del inmediato día 25, nos despedimos con lágrimas de la más interesante efusión, habiendo aceptado una piragua de 14 varas de longitud, y una y media de latitud, que me cedió el citado religioso, para que mejorasen de comodidad los sugetos de mi comitiva. ¡Cuánto han podido en mi gratitud lo comedimientos del Padre Lobo, y de sus hermanos de hábito e instituto! Con dificultad se hallarán entre los Ministros del Santuario, consagrados al ejercicio de misiones, hombres más zelosos, más despreocupados y de más fina educación que los religiosos del Meta pero no es de estrañar, habiéndose formado en el seminario ejemplar de los Agustinos de Santa Fé.

XXXI

Cuatro días antes de mi arribo a este pueblo, había comparecido en él una tribu de Guahivos, acaudillados por su capitán

elegido entre los mismos, en solicitud de que se les permitiese agregarse a la parcialidad de neófitos de Santa Rosalía; y que se les amparase con armas y gente para defenderse contra otros guerreros de una tribu vecina que los perseguía. El párroco del lugar accedió a la súplica de sus huéspedes, y en el instante les distribuyó terreno para que labrasen casas, lo que verificaron ayudados de sus hermanos; pero la veleidad que caracteriza a los salvajes, hizo que los nuevos venidos renunciasen de la vida social para volver a los bosques, prometiendo al Padre Lobo que dentro de 20 sueños (así se explican para designar el curso diurno del sol), regresarían al pueblo. El capitán de la tribu, indio experto y aguerrido, entre varias reflexiones que alegó en sus conferencias con el Cura, para extrañarse de las prácticas del lugar, dió a entender que no le acomodaba el uso de llamar a los hombres, anteponiendo el nombre al apellido; « porque en su juicio el apellido nace primero que el nombre ». El buen párroco se quedó desconsolado por la retirada de estas ovejas, que creía iban a aumentar su rebaño, cuando los admitió, sin esperanza de sacar fruto de ellos, por su habitud a la vida errante.

XXXII

El 25 a la una y media de la tarde entré en el Meta, por el caño *Cabapunc*; lo navegué hasta las cuatro de la tarde, en que arribó la flotilla a un islote de arena, para reparar una de las embarcaciones que cogía agua. En toda la tarde se concluyó la operación; dormí en la altura del islote, haciéndome centinela algunos monstruosos cocodrilos, que atacaban a cada momento a dos perros perdigueros que traía en mi compañía. Sobrevino un fuerte huracán, seguido de agua que derribó la tienda de campaña, y fué menester asegurar la flotilla dentro de una pequeña ensenada que formaba la isla. Tuve que mandar la descubridora con cuatro hombres a cortar leña a la costa para hacer la cena de los bogas y la comitiva.

XXXIII

El 26 a las seis y cuarto de la mañana se hizo la señal de corneta por el patrón de la capitana. Se embarcaron todos, navegando con un sol abrasador hasta el medio día; hubieron dos chubascos de viento y agua, y lo violento de las ráfagas obligó al

convoi a atracar a tierra otras tantas ocasiones durante la mañana, mientras calmaba el huracán; en el tránsito al S. se demarcó el caño *Camuara*: al E. de *Yatea*, y los ríos *Guachiria* y *Ariporo* cerca de la embocadura del cual dió la sonda 7 brazas. Poco después ví una espaciosa bahía que titulé *Bahía de Caracas*. Al S. el caño *Carabobo*, y al N. el río *Aricaporo*. A las cuatro y tres cuartos arribé a una isla plana y sombreada de bosques. Se disparó un tiro de fusil para ahuyentar los indios salvajes que observaban el convoi desde la costa N. inmediata a la isla. Pasé la noche en ella con algunos chubascos de agua. Los centinelas se entretuvieron pescando, aunque con poco fruto.

XXXIV

El 27 a las seis de la mañana, después de almorzar, seguí mi derrota, viendo al S. el caño *Perro*, y a continuación una ensenada hermosa que denominé *Ensenada de Escalona*, para tributar homenaje a este amigo y respetable funcionario que regenta el Poder Ejecutivo de la provincia de Caracas. Al N. se demarcaron los ríos *Chire*, y el magestuoso *Casanare*, frente del cual pescó la sonda 7 y media brazas. En este punto se extiende el Meta como una legua. Desaguan por esta banda los caños *Yucuava*, *Azeile* y otro que descubrí y llamé *Caño Carbonell*, en honor de un joven brillante que contribuyó con su valor a la emancipación de Santa Fé, y posteriormente ha cooperado a fijar la opinión pública, inclinando el ánimo de sus compatriotas a la independencia absoluta que proclamó el pueblo Cundinamarqués el 22 de agosto del presente año, con universal aceptación de sus Magistrados, resueltos a imitar la conducta de su aliado el Gobierno Venezolano, luego que se junte la asamblea nacional del reino. A las cinco de la tarde amarró la escuadrilla en una isla, frente de la cual ví muchas chozas en ambas márgenes del río, construídas por los *Chiricoas* y *Guahivos*, para sus pesquerías de verano; hubo bastantes chubascos en la noche.

XXXV

El 28 a las cinco y cuarto de la mañana, comencé de nuevo mi navegación, y la continué hasta las siete, habiendo arribado a una isla para desayunar, secar víveres y equipages. A las nueve y media seguí el curso del río, y ví al S. una esplanada que llaman

el Trapiche. A las diez y cuarto descubrí una piragüita, y advirtiéndome que se ocultaba en los bosques de la ribera, mandé en su alcance a uno de mis buques que la dió caza con sumo trabajo por haberse fugado remontando río arriba. Se trajo a remolque dicho buque, el que contenía cuatro personas, a saber: un matrimonio con dos hijos de seis a ocho años de edad. El padre gobernaba, la madre y los hijos bogaban alternativamente; habían consumido la provisión cerca de la confluencia del Meta con el Orinoco, y venían alimentándose de las frutas silvestres de las márgenes de aquél. A bordo se halló una cañafistola corpulenta, y dos frutas llamadas *cuspa*, desconocidas para mí, y los individuos de mi comitiva; su figura es esférica, y su diámetro de seis pulgadas; la corteza verde con unas manchas amarillas; en el centro contiene una pulpa naranjada llena de pepitas, a que es adherente aquella; sabe a melón; estas pepitas son achatadas, después de limpias quedan transparentes como el cristal. Compadecido de la languidez a que había reducido el mal alimento a estos infelices indígenas, ordené que se les proveyese de carne salada, cazabe, bizcochos, aguardiente, tabacos y algunas monedas. El anciano padre me informó que había emigrado de *Caicara*, misión de observantes en Orinoco huyendo de la guerra y de la penuria de víveres que se padecía en el indicado pueblo, y los demás comprendidos en la jurisdicción de Guayana, y que él venía de retirada con su familia para Macuco, su patria.

XXXVI

A las 11 encontré un puerto pintoresco, resguardado de una isla y luego una esplanada que llaman los naturales el puerto de *Macachaba* con un caño contiguo a la banda del S. al cual con el puerto le dí el nombre de *Miranda*, en honor del héroe colombiano. Al S.E. se demarcó una colina contigua a dicho caño, conocida por los indios con la denominación de *Monte del parure*, para no confundir este punto remarcable. Luego dí a nuestros hermanos del oprimido Méjico, en honor del incomparable restaurador el General Hidalgo, modelo de los Ministros del Evangelio, que saben discernir y concordar la soberanía del pueblo con los intereses del sacerdocio. En estos puntos se echó la sonda sobre ocho brazas de agua. A las 5 fondeó mi flotilla en una isla; vieron en ella mis socios huellas recientes de tigres, que indicaban que estas fieras

acababan de abandonar su mansión por carecer la isla de bosques en que ocultarse de los huéspedes. Pasé la noche con tranquilidad, aunque con mucha lluvia.

XXXVII

El 29 a las 5 de la mañana levanté mi campo; navegué hasta las 6 y media, viendo al N. varias chozas de indios, sin gente; arrimé a tierra para almorzar y sacar equipaje y víveres que se habían mojado la noche anterior. A las 10 continué la navegación; y antes de las 11 se demarcó el caño *Caribe* al S. En seguida hay una ensenada que denominé de *Salías*, en memoria del poeta caraqueño de este nombre. A la banda opuesta se descubrió un caño que titulé de *Muñoz*, en honor de un joven y constante orador de la primera sociedad patriótica establecida en el continente americano. En la propia dirección se hallan algunos ranchos contruidos por los indígenas para las pesquerías de verano; y a la ribera del frente una altura plana, llamada *Buena-vista*, y un caño que nombré de *Mujica*, por la analogía de carácter republicano que he observado en las personas de este apellido, en lo que he andado de América y Europa. A las tres y media de la tarde se demarcó al N. el caño *Ilipana*, y en su inmediación la llanura prominente de su nombre. Al S. ví una ensenada que llamé de *Burke*, para perpetuar la memoria de uno de los primeros literatos que ha tomado a su cargo instaurar a la América del Sur en sus derechos. A poco intervalo de tiempo se reconoció el caño *Vacari*; en esta travesía se divisaron tres indios de nación *Yaruros*, en una curiara, los que se ocultaron en las islas de la costa N. A las 5 de la tarde fondeó mi flotilla en una isla de arena, pasé en ella la noche con repetidos y copiosos aguaceros.

XXXVIII

El 30 a las 5 y cuarto de la mañana desamarré de la isla; y a las 6 se descubrió al N. un caño que nombré de *Espejo*, en honor de un literato de Caracas. A las 7 y media arrimé a un islote para desayunar y orear víveres y equipajes, expuestos a inutilizarse por la humedad que habían adquirido con la frecuencia de las lluvias. A las 11 y cuarto seguí viaje; y a las 12 desembarcamos en la ribera del N. en el puerto de una ranchería de trece chozas,

habitadas por indios *Yaruros*. Esta asociación fué formada por el piadoso ciudadano Félix Rolichon, oriundo de San Carlos; a sus espensas se labró allí un oratorio asistido de un sacerdote conguado, que catequizaba, y suministraba el pasto espiritual a los naturales; pero habiendo faltado el Ministro, y arruinándose el oratorio, se dispersaron los indios, y hoy no alcanza la población, llamada por sus habitantes, ranchería del Bural, a 23 personas.

XXXIX

Esta nación de Yaruros es apática, aunque sociable y hospitalaria, gusta de la vida sedentaria, y se aplica a las artes, su industria se halla ceñida a algunos tejidos de esteras y hamacas de la palma *moriche*: fabrican flechas, y cangean estos artículos con las tribus inmediatas. Las personas adultas de ambos sexos usan del colorido, y se pintan de encarnado y negro. El desaliño retrae la vista del viajero, cuando es impelido a tratar con dichos indígenas. Su talla es corpulenta y bien constitucionada: sus facciones irregulares en hombres y mugeres; su tez es aceitunada; y en suma estos indios son guerreros y valientes, sin ser sanguinarios.

XL

Desde el Bural se examinan distintamente los picachos de la cordillera del Orinoco al E. corriendo del N. al S.; y alguno de ellos tiene todo el aspecto de una las pirámides de Egipto. Continué navegando, y se señaló al S. el caño *Jurepe*. A las 3 dejé al N. distante de la ribera del Meta como 200 varas, un peñasco aislado en figura de un cono trunco, cubierto de arbustos por la banda del E.

XLI

A las 4 de la tarde probé de la complacencia de entrar en *Orinoco*, por el brazo N. del Meta. Lo imponente de esta confluencia: la perspectiva pavorosa de los peñascos sueltos y acumulados unos sobre otros a la ribera E.S.E. en figura de un castillo arruinado, sobre una eminente roca de una pieza, cuyas bases descansan en el cauce del mismo Orinoco, me dejaron apercibir alguna gran conmoción acontecida en eras retiradas, y sepultadas en el oscuro caos de la ignorancia. Es de notar que estos dos ma-

gestuosos ríos, se unen divididos en dos brazos, que cada uno de ellos tiene una isla en su desembocadura, y que después de incorporados corren al N.N.E., formando antes una magnífica ensenada que titulé de *Antepara* en honor del ciudadano Guayaquileño, quien, a mi propartida para Santa Fé, me donó varias colecciones de preciosos impresos sobre la emancipación de América. A las 4 y tres cuartos a dos millas de la embocadura del Meta, se amarró la flotilla, sobre la misma roca llamada *Piedra de la paciencia*.

XLII

A las cinco dispuse que se alijase la curiara descubridora, y que la marinasen cinco indios de los más prácticos, los que se resistieron pretestando lo avanzado de la hora, para atravesar el raudal: embarcóse en ella mi criado, *José de la Torre*, aparente para estos empeños, y animó a los bogas a que lo siguieran, con una carta que dirijí a *Rolichon*, conjeturando que se pudiese hallar en su hato de Orupe; rogándole me remitiese prácticos de la *Catarata*, llamada en aquellas regiones, raudal de Cariben: mis letras encontraron a *Rolichon*; y éste me dispensó la bondad de devolverme al siguiente día mi curiara, con otra de su pertenencia montada con ocho prácticos, que conducían algunas frutas, un queso y una tortilla, por espresión de su benevolencia.

XLIII

El raudal de que se ha hablado, dista una legua del punto en que me hallaba fondeado. En el transcurso de las horas que me mantuve en él, no dejé de oír un ruido espantoso semejante al de un trueno ronco continuado, lo que aumentaba mi sobresalto y el de la comitiva; esforzándome a disimularlo, para calmar las agitaciones de mis queridos socios, quienes se arredraban, rece-lándose perecer en el raudal de *Cariben*. En este lugar del río, uno de los más estrechos del Orinoco, con la latitud de 400 varas, no dió fondo la sonda en 22 brazas. Al amanecer del inmediato día, nos ocupamos en recorrer los contornos de la *Piedra de la paciencia* y por las investigaciones filosóficas, que hicimos a presencia de tan enormes masas, o piedras sueltas, que parecían haber sido elaboradas por las aguas, o por el choque de unas con otras, y aglomeradas en diferentes direcciones; pudimos colegir, sin em-

bargo de la altura en que se encuentran, que debió ser aquel el cauce primitivo del Orinoco, y que tal vez lo abandonaría por algún gran trastorno producido por los terremotos, por las inundaciones y crecientes, o por otras causas menos impenetrables, como son, la continuación de arrastrar las tierras de sus márgenes, lo que es frecuente en Orinoco, lo bajo del terreno en la ribera opuesta para haberse formado sin dificultad este nuevo cauce, &c.

XLIV

El 31 a las 10 de la mañana, llegaron las dos curiaras con los prácticos, y a las 11 nos embarcamos. Desatraco mi flotilla, y a la media hora, entre el ruido espantoso de las aguas que rompe en las rocas de la catarata; decayó mi espíritu en términos, que casi desconfié de la vida, sobrecogido de la idea melancólica, de que iba a naufragar sin recurso con mi comitiva en este peligroso paso. Forman la referida catarata, multitud de rocas esparcidas en toda la caja del río (siendo el canal más ancho el del O.), algunas en figura de bóvedas. El declive ocasiona la violencia de las corrientes en diferentes direcciones, según los canales por donde se precipitan las aguas con muchos remolinos. La flotilla cortó por el canal indicado: la longitud será como de 1.000 varas. Se puede destruir en los meses de Enero y Febrero a muy poca costa, porque quedan descubiertas las cimas de la mayor parte de las piedras, dejando espedito de este modo el paso para toda especie de buque, sin necesidad de espiarse, como acontece con las lanchas y piraguas, no habiendo viento para pasar a la vela, desde Diciembre para adelante, remontando.

XLV

En fin, yo libré sin riesgo, y habiendo vencido con mi flotilla esta barra, en que han zozobrado infinitos viajeros: se demarcó a S. el caño *Aguamena*; y al N. el *Guaramaco*. A las 12 y cuarto arrimé a una losa gigantesca situada en un recodo, que sirve de cortina a la ranchería de Cariben, distante un cuarto de legua, de la embocadura del caño de su nombre. La parcialidad de Cariben, asociada, y establecida aquí por los caritativos esmeros del buen Rolichon, amo y propietario de un hato contiguo, se compone de 160 personas de ambos sexos, y de todas edades. Me dirijí con mis

compañeros a la ranchería, y fui recibido de estos *Yaruros*, con sumo agasajo, haciéndome entender por sus intérpretes, la cordial adhesión que profesan a los Caraqueños y el horror con que detestan a sus vecinos los rebeldes Guayanese. Encontré un gran número de Yaruros, que labraban flechas, para defender la causa de Caracas, y a su caudillo Rolichon contra los partidarios de la tiranía. Todos estos indios van desnudos, y apenas cubren las partes pudendas con pedazos de lienzo. El lujo de las mujeres consiste en pintarse la cara con una pasta roja que se trae del Alto Orinoco; llevan agujereada la ternilla de las narices, y atraviesan por ella un agujón de metal o de hueso; hacen pasar otro igual por el labio inferior y colocan en él, porción de alfileres, con las cabezas inclinadas a las encías. Los hombres condecorados de la Tribu, se distinguen por la chorrera de polvo, que les cae hasta la barba: éste se hace de una especie de frutas llamadas *ñopo*, que se crían en unas bayas, y después de secas se mezclan con caracoles quemados; y producen el polvo referido; del cual se sirven los naturales en un platillo terso de madera y lo sorben por medio de un tubo agujereado por la parte inferior, con dos conductos por la superior que rematan en dos virolas, y lo introducen en las ventanas de las narices. El amigo Rolichon tantas veces citado, compareció a recibirme en la ribera de su pueblo, y se empeñó en guiarme hasta el *Arauca*, lo que le concedí, y cumplió él mismo, agregándose con su curiara a mi flotilla.

XLVI

A las 4 y media de la tarde, me levé del puerto, y a las 6 y cuarto arribé poco más abajo de la *Piedra del Tigre* al O. dejando el caño *Orupe*; dí fondo en la ribera, al frente de una montaña formada de una sola roca, la que estrecha el río; este punto es el segundo entre los más angostos del Orinoco, después de su confluencia con el Meta; profundiza bastante; y la sonda no alcanzó a tocar en 22 brazas.

XLVII

El primero de Agosto, a las 6 de la mañana, se levantó la tienda, y me puse a bordo al cuarto de hora de navegación, dejé a mano derecha, unos bajos de piedra que apenas se ven a la ribera E., que se llaman *raudal de Carichana*; por hallarse situado el

Pueblo de este nombre en la misma orilla. Carichana, es una de las misiones de Franciscanos: no entré en ella; pero supe que en 10 de Junio, la desamparó su cura Fr. *Juan de Arcolea*, para llevar un surtido de pieles y cueros al mercado de Guayana. Se demarcó luego el río *Parausa*, que desemboca al pié de un gran promontorio o peñón, en cuya explanada había un fuerte en ruinas, construido por los ex-Jesuitas, que llamó mi comitiva, *Trincheras del despotismo monacal*. En la expatriación de estos, la artillería fué trasportada a *Carichana*, y de allí al Pueblo y misión de *Urbana*, situado más abajo, y casi frente a la embocadura del río Arauca; por mandato de su pastor Fr. Manuel Mansilla, protector de los robos hechos en los hatos de la jurisdicción de Barinas, pertenecientes a Araña y Padrón, vecinos de *Calabozo*; de los cuales, al último lo han dejado sin ganado ni yeguada.

XLVIII

En este punto, que corría al Orinoco al N.E., toma su dirección al N.N.E.: se tiró la sonda, y no pescó fondo. A las 8 y media pasé por el canal O., y dos Islas grandes, dividen allí el río en tres brazos con latitud de más de 2 leguas, y para inteligencia de los navegantes se advierte, que el canal por donde atravesó mi flotilla en los meses de Diciembre, Enero y Febrero, queda entaramente seco, y reducido a una playa dilatada, desde la Isla, a la ribera O. a donde concurren los indígenas en dicha estación a recoger huevos de tortuga, caymanes &c. Siguiendo la misma costa, se demarcó una bahía que denominé de *Padrón*, en honor de una familia que me ha distinguido en Caracas. Poco después se vió el río *Sinaruco* que forma una isla en su embocadura, y otra de 3 leguas de longitud, a la ribera opuesta, en cuyo extremo desagua el río *Caripo*, y más abajo el Suapure.

XLIX

A corta distancia se demarcó la primera boca de *Capanaparo*, llamada por los indígenas río *Mina*; este forma tres bocas; y la tercera es mayor que las otras. Embellecida la vista, y distraída mi imaginación con tanta variedad de objetos, que se me presentaban a cada instante, ya en las riberas, o ya sobre las aguas del río, vencí en este día 22 y media leguas de camino insensiblemente;

para las 6 y media de la tarde, me hallaba en la confluencia de Arauca, que demora al N.O. de Urbana; sin haber encontrado en todo el Orinoco que navegué, lancha, bote, piragua, curiara, ni otro ningún bajel que me indicase las exageradas fuerzas navales, que decantan los cismáticos, para suponer que Guayana, puede realizar desembarcos en los cantones limítrofes de las Provincias de Caracas y Cundinamarca. Disuadido de estas patrañas vulgares, descendí el Orinoco, sin el menor recelo.

L

Cuando el lector llegue a este párrafo, después de haber discurrido entre las descripciones de los ríos Orinoco y Meta, acaso podrá persuadirse que el uno, por el inmenso caudal de sus aguas, es preferible al otro, para el objeto de fijar establecimientos en sus riberas, que contribuyan a la felicidad de los humanos que propenden encontrar un domicilio tranquilo, que los alivie de las calamidades de la vida; pero si atienden a la realidad de mis observaciones, les aconsejo que renuncien de las márgenes inundadas del Orinoco hasta la boca de Arauca, y que busquen las deliciosas y sanas orillas del Meta, que no se aniegan en ninguna estación del año; y prodigan subsistencias de todo género a sus sencillos pobladores, por remuneración de la pequeña industria que aplican.

LI

Remonté de Arauca, con mi flotilla, y a las 3 y media de la noche arrimé a la ribera E.: hice allí noche; y aprovechándome de la claridad de la luna, mientras se preparaba la cena, examiné con enternecimiento algunas plantaciones con sus caseríos, reducidos a escombros: pregunté a mis nuevos prácticos la causa; y fui instruido por ellos, de que estos cortijos habían pertenecido a tres pacíficos vecinos que los fundaron, y poseyeron sin contradicción desde algunos años atrás; pero que a principio del corriente año, fueron arrojados y quemadas sus heredades por los guardas de la Isla de Achaguas; a resulta de leves sospechas, imputándoles que llevaban a vender sus frutos a la reunión de malvados de Urbana. ¡Triste efectos de la anarquía que convierte los poblados en desiertos!

LII

El 2 a las 5 de la mañana, se me separó el afable Rolichon, con demostraciones propias del candor de su alma, desprendiéndose antes de un Indio práctico, que me franqueó para el Arauca; con el cual, unido a mi comitiva, seguí la navegación a las 5 y media, dejando a la ribera E. un brazo que parte del mismo río. A las cuatro de la tarde se vió el río Clarito, y el caño Santa Cruz, al O.; habiéndome perdido con la flotilla, en una sabana inundada y cubierta de grupos de yerba, que ocultaban el verdadero cauce del río; al cabo de imponderables fatigas, y al favor de la brújula, volvimos a encontrar la Caja-madre; a las 9 de esta noche, atraqué en el único pedazo de la ribera, que se halló enjuto, al cual le aplicaron los de mi comitiva el nombre de *Rancharía de los Chigüires*, por la multitud que había de esta especie de cerdos en nuestro alojamiento. Nos velaban muchos caimanes; y algunos de los que hacían centinela de mi comitiva, se entretuvieron en la pesca y caza de Chigüires. La noche no ofreció novedad particular.

LIII

El 3 a las 8 de la mañana, seguí remontando el Arauca, sobre 6 brazas de fondo; y a las 11 lo abandoné al O.; saliendo por un caño a una llanura extensa y anegada, en la que nos extraviarnos segunda vez, confundidos en un laberinto de caños, llanuras y bosques inundados, siendo preciso desmontar a fuerza de hacha los árboles que tupían los caños con sus ramificaciones y lianas. En este tránsito, y el de Arauca, ví con frecuencia millares de *Iguanas*.

LIV

A las 8 de la noche, y con el auxilio del compás, desembocamos a un río que no era el *Atamayca* que buscábamos, sino el *Zamuro*, brazo proveniente del mismo *Arauca*, que inunda en invierno las sabanas que atravesamos. Agobiado con mi bogas de la fatiga de remontar todo el día y parte de la noche el *Zamuro*, sin haber encontrado tierra seca para hacer noche; retrocedí en busca del *Atamayca*, cuyo cauce no habría acertado sin la casualidad de un *Bongo* marinado de dos hombres y una muger, al cual luego que

se le avistó en actitud de fugarse, le dió caza mi curiara descubridora: el amo del bongo me condujo por un caño al río Atamayca; y a sus orillas me proporcionó una casa desierta y situada al E., para pasar la noche: los dueños de este cortijo se habían ausentado por las voces que difundió un aldeano sencillo, que había visto la flotilla vagante por las sabanas referidas. Su preocupación apoyada en los falsos principios que han sugerido a los labradores algunos malvados, le hizo concebir que mis buques provenían de Guayana, que eran lanchas cañoneras, y que venían cargadas de centenares de flecheros. Advertido por mi huésped de la general alarma de los Pueblos de la comarca, oficié al cabo Justicia de San Rafael de Atamayca, dándole a conocer, para que desengañase a las gentes alucinadas, y haciéndolo responsable de los incalculables perjuicios de su omisión, en el evento de que se mostrase indiferente a mis reconvenciones amistosas. Durante esta noche, cayó un furioso chubasco; y todo fué incomodidades de espíritu y de físico.

LV

El 4 a la madrugada, puse la proa a San Rafael de Atamayca; donde fondeé a las 6 de la mañana. Este pueblo ha sido en lo espiritual rejido por un Misionero capuchino que abandonó su feligresía, ha más de 18 meses. Me detuve dos días acopiando víveres, y esperando que se alistasen los prácticos, que era forzoso sacar de allí; y en la penúltima noche, no permitiéndome conciliar el sueño los vapores infectos de la habitación húmeda en que posaba a las dos de la mañana, hallándome al corredor de la vivienda para respirar aire más puro, mientras que entregado a la reflexión, discurría sobre las anécdotas de mi carabana, de repente me hallé rodeado de doce hombres armados de garrotes, y de un trabuco sin piedras de chispa: averigüé su destino, y me informaron que venían comisionados por el Teniente de *San Juan de Payara*, con un mensaje al Cabo de justicia, « para que prendiese al padre y sus familiares que se decían procedentes de Santa Fé ». Ordené que se hallase al Cabo de justicia, y abierto por él mismo este billete, lo hallé con la relación de los soldados de *Macana*; pero consultando a la buena fé del *Mandarín* que decretaba mi arresto desde su Tribunal de *Payara*, dispuse que se le remitiese un detalle más circunstanciado de mi persona y comitiva. Así se ejecutó.

LVI

El 6 a las 5 y media de la mañana, dejando el *Atamayca*, continué la derrota, navegando por sabanas inundadas. A las 4 y media de la tarde entré por el caño de *Guargua*, e hice noche en el hato de este nombre, situado en su ribera: compré allí carne, cazabe y gallinas.

LVII

El 7 a las 6 de la mañana, seguí viaje, siempre por sabanas inundadas, y atravesando caños; hasta la casa de *Poleo*, situada a las orillas del caño nombrado el *Negro*, experimenté algunos chubascos durante el día y la noche.

LVIII

El 8 a las 5 de la mañana dejé el caño Negro, y continué navegando por sabanas y caños: por uno de estos desemboqué al *Apure*, y lo atravesé para buscar el brazo N. llamado *Apurito*, descenderlo, y dar con la confluencia del Guárico. A la 1 del día conseguí mi intento sobre 6 brazas de agua que resultaron de la sonda, poco más arriba de la incorporación del Guárico con *Apurito*. Remonté aquél, viendo a la ribera E. muchos cortijos bien cultivados, correspondientes al vecindario del *Guayabal*. A las 5 de la tarde fondeó la flotilla en este pueblo que demora al E. Los vecinos se ocupaban a la sazón en celebrar la Independencia Venezolana, con bailes y fiestas públicas, a que me suscribí con mis socios, enagenado de mí mismo, a virtud de lo inesperado que era para el Diputado de Caracas esta noticia, del todo contraria a las que había encontrado en el Bajo Apure. El pueblo del Guayabal es el primer punto de la provincia de Caracas, bien notable por el carácter afable de sus habitantes.

LIX

El 9 al amanecer sobrevino una copiosa lluvia, que duró hasta las 10; y después de haberme provisto de los artículos que escaseaban a mi comitiva, compuesta de 41 personas, nos embarcamos a las 11, y navegamos hasta las 4 y media de la tarde, arribando a una playa desierta llamada el *Piritál*. A poco más de las 5 expe-

rimenté un insulto que me privó de los sentidos, y amagó la muerte. El sobrino, Médico de la comitiva, me acudió con el *Alcali volátil*, y el alcohol de romero, cuyos auxilios me entonaron, con el agregado de la asistencia no interrumpida del *Esculapio*, que traía a la mano su botiquín en todas las horas del día. La jornada de este aciago día fué de ocho leguas; y en el espacio de la noche, no hubo chubasco.

LX

El 10 a las 5 de la mañana continué remontando el *Guárico*, hasta las 4 de la tarde en que amarró la flotilla, de una playa desierta, comprendida en el hato de *Alta-gracia*, cuya casa no estaba muy distante. Me detuve allí el 11 para salar las carnes de las reses que compré del mayordomo de la hacienda.

LXI

Navegué el 12 desde las 6 de la mañana hasta las 4 y media de la tarde, habiendo sufrido en este día dos chubascos. Los bosques de las márgenes del río estaban inundadas; se vieron caimanes y muchos paugfes. Hice noche en una playa desierta mortificado de los mosquitos y zancudos.

LXII

El 13 a las 5 desamarró la flotilla, y continué remontando incómodo de las fatigas de mis bogas, por la fuerza de las corrientes, y las muchas insinuosidades del río. A las 5 menos un cuarto de la tarde, fondeé en el sitio de las Palmas, desierto: y pasé allí la noche con mucha plaga.

LXIII

El 14 a las 4 y media volví a remontar, y atravesé la embocadura del río *Oriluco* al E. Atracó mi flotilla en el angustiado y único terreno seco que se encontró. A las 8 de la noche se dispersaron los buques; y para reunirlos y designarles el punto donde me hallaba, disparó la Capitana cuatro tiros de fusil; con cuya señal se me incorporaron: la jornada fué penosa por la fuerza de las corrientes, y el continuo debate de mis remeros con los mosquitos que los atormentaban, hasta el extremo de ensangrentarles las espaldas, que traían descubiertas, como lo acostumbra habitualmente.

LXIV

El 15 a las 5 y media de la mañana me puse a bordo: reanimé a mis bogas abatidos por extremo con las fatigas precedentes: les hice distribuir doble ración de aguardiente: y pacté con ellos que habíamos de concluir nuestro viaje en el propio día. La jornada fué terrible, pues la violencia y rapidez de las corrientes se aumentaban progresivamente, y no cedían a la fuerza del remo. A las dos de la tarde, la curiara descubridora dió en un tronco cubierto por las aguas: se abrió; y a no venir al lado de uno de los buques del convoy, para trasbordar la gente y víveres, hubieran perecido. A las 2 y media de la tarde, pasé entre los *vivas* y aclamaciones de un pueblo que demora al E., llamado *Misión de abajo*: visitóme un bongo (buque chato y sin quilla), que traía a su bordo un vecino del pueblo, Diputado de los patriotas, para rogarme que recalase en el lugar: no bastó ninguna excusa para eximirme de los encarecimientos sinceros del Diputado. Bajé a tierra acompañado de innumerable gentío: me presentaron caballerías, y entré con mis socios al pueblo. Sus vecinos, con el Cura párroco, y algunos eclesiásticos del lugar, me colmaron de agasajos y expresiones nacidas de su natural sensibilidad.

LXV

A las cuatro y media de la tarde comparecieron el Teniente justicia mayor, Cabildo, y vecinos de Calabozo, media legua distante de la Misión, para felicitarme y conducirme a la villa: en cuyo tránsito examiné unos baños termales, visitados anteriormente por el barón de *Humboldt*. No alcanza mi pluma a describir el gozo que se manifestaba en el semblante de cada uno de mis nobles compatriotas ni las dulces sensaciones que su lenguaje insinuante excitó en mi ánimo, hasta aquella fecha justamente consternado. En aquella hora me trasladé con mi cortejo de patriotas a Calabozo; y con diferencia de veinte minutos fondeó la flotilla en el puerto llamado Paso-Real; y entré en la villa con repique de campanas, fuegos artificiales, música y los repetidos himnos que cantaban mis conciudadanos, para festejar a un hermano restituido a su seno, que no ha contraído otro mérito para los virtuosos venezolanos, que el de haber contribuido al recobro de sus libertades, y jurado ante las aras no dejar nunca de cooperar

a su absoluta independencia de los Gobiernos del *Manzanares*, del *Sena*, del *Támesis* y de cuantos colosos ambicionaron sojuzgar el continente americano.

LXVI

El Magistrado de Calabozo y sus vecinos, poco satisfechos de haberme preparado casa, ambigú y cena, en los cinco días que permanecí en el lugar con motivo de las lluvias me asistieron con mesa espléndida, y de común acuerdo me proporcionaron las caballerías de silla que traje hasta la capital, encargándose de mi Secretario, y del ciudadano José Ma. Salazar, ilustre antioqueño alistado en mi comitiva desde Cundinamarca, sólo por venir a participar de las delicias de la costa firme para el recobro de la salud, que se había atrasado en ambos desde *San Rafael de Atamayca*. ¡Parece que la hospitalidad es un atributo peculiar de los habitantes de este bello país! Los hijos de *Calabozo* la ejercen con maneras obligantes, sin pretensión y con el mayor esplendor. El enviado de Caracas, despojado de toda investidura, les ha debido singulares atenciones; y sea cual fuere el desenlace final de la empresa que ha terminado el mismo en 29 de agosto, el partido capitular de Calabozo le ha compensado perfectamente las amarguras de esta expedición.

Reflexiones sobre la utilidad de este nuevo canal de comercio.

I

No es bastante que el cultivo, la caza, la pesca y las minas ofrezcan a la industria primeras materias que manufacturar para nuestros usos: estas riquezas quedarían sepultadas en los almacenes, y el consumidor se las procuraría difícilmente, si no se estableciesen agentes intermedios. Estos son los negociantes, que emplean una tercera especie de trabajo, diferente del que hacen nacer las producciones, y del que las modifica. El trabajo del negociante pone las riquezas al alcance de un mayor número de consumidores, y anima por este solo medio los dos otros géneros que se ocupan de recoger y preparar los primeros artículos del consumo. Este poderoso estímulo será tanto más eficaz, cuanto los precios que pagan por las mercancías: es decir, tanto más, cuanto los consu-

midores lejanos tengan menos que pagar sobre los consumidores vecinos. De aquí parten las grandes ventajas que proporcionan los caminos, los canales, & a una nación activa e industriosa, y de este principio resulta al fin la gran utilidad de todos los medios imaginados para facilitar y multiplicar los cambios, consultada la localidad de cada país, y removidos los obstáculos que puedan impedir la unión de relaciones de un lugar a otro.

II

El comercio de Maracaibo con el reino de Santa Fé (prescindiendo de los delirios polítics del día), ofrece: primero, la dificultad y riesgo que corren los buques para introducirse en su saco; segundo, la insalubridad del clima y el inconveniente de haber de trasportar los efectos del puerto principal hasta los puertos interiores de una laguna mortífera, y tan peligrosa en la embocadura del *Zulia*, por sus calenturas, como lo es de incómoda por lo rápido y sucio de dicho río; tercero, la conducción desde el puerto de los *Cachos*, hasta Cúcuta depósito necesario de este comercio, aumenta considerablemente el valor de los efectos con los anteriores trasbordos; cuarto, la distancia del valle de *Cúcuta*, donde están situadas las villas de San José y del Rosario, con los almacenes en que se depositan los objetos comerciales introducidos por Maracaibo, es de 163 leguas a Santa Fé de Bogotá; teniendo que pasar innumerables ríos, laderas peligrosas, páramos y llanuras inundadas e impracticables en invierno, donde experimentan los negociantes incalculables quebrantos, que los obligan a aumentar el valor de las mercancías para compensarse las pérdidas.

III

Es pues demostrada la ninguna ventaja que brinda el giro por Maracaibo; y parece del caso manifestar las pocas que promete la vía de Cartagena, antigua ruta del comercio interior del Reino, por el *Magdalena*; cuyo canal se ha preferido desde la época de los galeones para toda especulación.

IV

Cartagena presenta: lo primero, el inconveniente de lo mal sano de su clima, que produce fiebres pútridas, con el agregado de los crecidos costos que ocasiona el transporte de los efectos por

tierra, hasta el puerto llamado de Barrancas; lo segundo, la penosa remontada del río, en que tardan más de 40 días los champanes conducidos a palanca, con menoscabo de un gran número de hombres; a que se añade la avería que sufren, a consecuencia de los escollos frecuentes de las márgenes del mismo río, por la necesidad en que se ven los navegantes de atracarse a la costa para remontar a palanca; lo tercero, la temperatura de la atmósfera de esta travesía es abrasadora; proviniendo de la propia causa disenterías y fiebres intermitentes; cuarto, lo fragoso del camino de tierra desde Honda a la capital, y para lo interior de sus cantones, aumenta considerablemente los costos y valor de los artículos de importación; quinto, los retornos del Reino para Cartagena no se excusan de iguales gravámenes, con ser más fácil el descenso del río, y menos larga su navegación; y en los dos eventos es preferible la vida del Meta, para abrazar el comercio de Venezuela con las provincias de Cundinamarca, Popayán, Quito y sus cantones anexos.

V

Pertenece a la confederación de Venezuela el que se ocupe sin pérdida de tiempo en la composición de los caminos: en la destrucción de la Catarata de Cariben en Orinoco; y en proveer a la construcción de buques aparentes al intento, bajo el concepto de que así lo verificará la Cundinamarca, en el distrito de su mando, conforme al artículo 14 de los pactos de alianza, y luego que el Supremo Gobierno de Caracas remita el plano y diarios que se aguardan para comenzar la obra meditada.

VI

La penuria de los fondos públicos en las actuales circunstancias, hará creer tal vez a primera vista, que este proyecto es quimérico, en la parte que corresponde a Venezuela; pero desaparecerán las dificultades que se aleguen, analizando las anteriores proposiciones; siempre que el Gobierno se preste a la composición de caminos, sin más que encargarse de habilitar los de Guaira y Cabello, impulsando a cada pueblo en su respectivo departamento, para que lo haga del modo que me lo han prometido todos ellos en mi tránsito, bien convencidos del lucro que reportará con el establecimiento propuesto.

VII

La construcción de los buques insinuados debe verificarse comisionando dos o tres carpinteros de ribera, bajo la inspección del sujeto que se elija: quienes podrán dirigirse, llevando las herramientas necesarias, ya sea a las riberas del *Guárico*, o a las de Apure, Orinoco y Meta. Las maderas abundan en los expresados ríos, y se pueden acopiar sin desembolso, pagando los jornales que se adeuden a precio de herramientas; y para desbaratar la catarata hay en el pueblo contiguo a este raudal, suficiente número de indígenas, que contribuirán a la obra con sus brazos, auxiliándoles con un minador de piedras, pólvora e instrumentos adecuados. No es dudable que los vecinos o hateros inmediatos concurrirán con los víveres que hubieren de consumirse.

VIII

Además de las proposiciones detalladas, encontrará el Gobierno en las misiones del Meta una marinería formada, que la pagarán los traficantes, precediendo la matrícula de los individuos empleados en este ejercicio.

IX

El puerto preciso para el comercio de la provincia de Caracas con las interiores de Granada, debe ser el pueblo del Guayabal, que dista seis días de esta capital; aunque en invierno pueden remontar los buques hasta Calabozo, según lo he verificado yo, con tal que el vecindario de dicha villa cuide de limpiar el río *Guárico* de las maderas que arrastra, para disminuir la rapidez de sus corrientes, y evitar la pérdida de algunas lanchas o buques menores casi cierta por ahora, si no se adopta pronto esta medida, por defecto de la cual naufragó una de mis piraguas, mil varas antes de la *Misión de abajo*, habiendo chocado con un tronco cubierto de las aguas.

X

Del Guayabal se desciende cómodamente en 1 y medio días al Orinoco por el orden que sigue: Se desemboca al *Guárico*, para remontar el *Apurito* hasta *Apure*; se desciende por éste y se sale

a Orinoco por el brazo Sur, nombrado *Arichuna*; se remonta a Orinoco en 3 ó 4 días hasta Bahía *Cortés*; y de aquí por *Río Negro*, hasta el Caño *Pachaquiaro*, o primer Puerto del Estado Cundinamarca, en otros tres días, se desembarca allí para continuar por tierra a Santa Fé en 5 días. Resultando de todo el viaje, 41 ó 42 días de remontada a la ida, y 28 ó 30 de regreso hasta Caracas.

XI

Los artículos de importación a las provincias del Reino, con corta diferencia, son los mismos que introducen en ésta los extranjeros, a excepción de los víveres. Caracas, de los ramos de su agricultura, puede llevar a Santa Fé, cacao, café, añil, papelón o panela, y recibir en cambio lana en bruto, y manufacturadas en frazadas y mantas, llamadas Ruanas en el Reino; tejidos de algodón, menos baratos que los elefantes, pero de superior calidad; oro en pasta y sellado: alguna plata en barras, y acuñada: platina, que es el mejor metal para labrar los instrumentos matemáticos, como el menos alterable: cobre y plomo: granos y harinas: quinas, bálsamos, pieles, y lana de Vicuña del Quito.

XII

Se ha probado en lo principal los ahorros y ventajas que resultan al comercio por la vía del Meta; pues aunque de mayor longitud, respecto de las de Maracaibo y Cartagena, se pone menos tiempo en los transportes y escalas que recarguen los costos, abrazando por su extensión mayor número de pueblos, y por de contado más especulaciones. Basta sólo el consultar que las mercancías que se han exportado desde Caracas a Santa Fé, en 449 leguas de un camino fragoso de tierra, con exorbitantes costos y riesgos de averías, no han dejado de reportar alguna pequeña ganancia a sus emprendedores; de que es fácil inferir que el giro, aún en la época de las antiguas trabas que paralizaban el comercio, a debido hacerse para el Reino por la vía de Caracas; cuya situación colocada por la naturaleza más a barlovento de Maracaibo y Cartagena, brinda provechos indispensables mayores a la prosperidad recíproca de ambos Estados.

XIII

El público, censor imparcial de mi conducta política y de los servicios que consagro en su beneficio, juzgará de los sentimientos que me han animado, sin previa orden de mi constituyente, a descubrir esta nueva navegación, que en pocos años puede abrazar las riquezas de la parte S. Americana, y abrir un campo en las riberas del *Meta*, pródigas de subsistencias para asegurar un asilo a los honrados extranjeros que se decidan a domiciliarse en el seno hospitalario de sus hermanos los hijos de *Colombia*. La humanidad interesa demasiado; y yo resuelto a sacrificarme por ella me ofrezco a ejecutar este plan con la posible brevedad, si alguno lo calificare de fantástico.

Caracas, Octubre 28 del año 1° de la Independencia Venezolana.

Joseph Cortés Madariaga.

El autor de esta relación es el Prócer, Pbro. José Cortés Madariaga, cuyo nombre se incorpora a nuestra vida desde que siendo aun niños asistíamos a la primera escuela. Su figura de hombre revolucionario, que evita que el Capitán General, Don Vicente Emparan, asuma la Presidencia de la Junta de Gobierno que se estaba constituyendo en 1810, se convierte en ídolo de inquietas juventudes. Se gana las simpatías del estudiante, cuando a estos datos se le suman otros más como son el haber impedido que los dos representantes del clero hubieran tenido acceso al Cabildo y el haber asumido él y José Francisco Rivas esa representación, representación usurpada, pero eficaz a los fines que se perseguían. Finalmente, sale detrás del Capitán General, al que ha rebatido rudamente durante la reunión, y le indica al pueblo que debe decir No! a la consulta que le hacía el magistrado. Emparan contesta: yo tampoco quiero mando, y queda despejado el camino de la revolución. Cortés Madariaga es figura de primer orden en los sucesos del 19 de abril de 1810, pone a su servicio su energía y sus conocimientos conspirativos y sale como emisario hacia Bogotá donde firma un convenio o liga en defensa de la causa de la Independencia. No fue ratificado por el rumbo que tomaron los acontecimientos.

El 14 de junio de 1811 salió de Bogotá junto con su comitiva. Dos semanas más tarde llegaba a las orillas del río Meta. Durante 14 días permanece en las cordilleras de Cundinamarca en espera de medios de transporte. El 3 de julio está en Arauca, el 10 en Guárico y el 15 de agosto entra a Calabozo. A su llegada a Caracas presenta el informe que hoy reproducimos acerca de las posibilidades de una comunicación interior de Venezuela a Nueva Granada por la ruta que ha seguido y el cual está lleno de valiosas enseñanzas. Dicho informe aparece reproducido en el « Boletín » N° 158 de la Academia Nacional de la Historia de donde lo hemos tomado.

Cortés de Madariaga acompaña a Miranda en su campaña. Después de la capitulación cae preso y lo envían a la Península. Huye de la prisión junto con Roscio, Juan Pablo Ayala y Paz Castillo (1814). Vuelve a Venezuela y toma parte activa en la reunión del Congreso de Cariaco. Va a Kingston y se incorpora a la expedición de Montilla a las costas del Magdalena. Se queda en Nueva Granada en espera de mejores oportunidades y en 1826 termina su existencia, a los 46 años, en Río de Hacha.

Había nacido en Santiago de Chile en 1780. Se había graduado en teología y había perfeccionado estudios en Madrid. A su regreso toca en tierras venezolanas y decide quedarse en Caracas. Carlos IV, le asigna un cargo en la Catedral de Caracas en donde lo encuentra el movimiento revolucionario de 1810 dispuesto a ser nervio del gran movimiento emancipador. (A. M.).

Tomado del *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, abril-junio de 1957, Tomo XL, N° 158, en págs. 256 á 281.

Es de notar que en dicho « Boletín », en la primera división por párrafos, se salta del XXVI al XXVIII, y para aclarar el punto recurrimos a la impresión que del mismo documento figura en la revista « Crónica de Caracas » (Caracas), N° 17, marzo-abril de 1954, en págs. 250 a 288. Esto nos permitió corregir la presente publicación incluyendo el importantísimo párrafo XXVI que por error involuntario se había suprimido completamente en el citado « Boletín », y rectificar el número del párrafo XXVI del mismo « Boletín », que en rigor pasa a ser el número XXVII. (LAUT).